

La autora más exitosa de USA Today

Amanda Mariel

**Su perfecto
1 Demonio**



Amanda Mariel
Su Perfecto Demonio

«Tektime S.r.l.s.»

Mariel A.

Su Perfecto Demonio / A. Mariel — «Tektime S.r.l.s.»,

¿Pueden dos marginados de la sociedad superar las probabilidades y capturar el verdadero amor? El marqués de Gulliver, Seth Mowbray, no tiene familia propia. Cuando no está en compañía de sus amigos íntimos, el Duque y la Duquesa de Selkirk, ahoga su soledad al permitirse las cosas más perversas que la vida tiene para ofrecer. Lady Constantine Hartley no puede seguir las reglas de la sociedad. Es más, la presión de todo esto ha logrado arruinar su diversión. Así que, ¿por qué molestarse? Esta temporada ha decidido ignorar las reglas y simplemente divertirse. Después de un encuentro casual, Seth se encuentra cautivado por el infierno. De la misma manera, Constantine está cautivada por el Marqués. ¿Pueden dos marginados de la sociedad superar las probabilidades y capturar el verdadero amor?

Содержание

AVANT-PROPOS	11
CAPÍTULO 1	12
CAPÍTULO 2	15
CAPÍTULO 3	18
CAPÍTULO 4	22
Конец ознакомительного фрагмента.	23

Amanda Mariel

Su Perfecto Demonio

SU PERFECTO DEMONIO

AMANDA MARIEL

Traducido por ELIZABETH GARAY

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia.

Copyright © 2020 Amanda Mariel
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación, o transmitirse de ninguna forma o por ningún medio, electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otra manera, sin el permiso del editor.

Publicado por Tektime

Traducción del inglés:
Elizabeth Garay

Para mi esposo, "tú eres mi pícaro reformado favorito. ¡Te amo!".

Títulos de Amanda Mariel

Ladies and Scoundrels series

Scandalous Endeavors

Scandalous Intentions

Scandalous Redemption

Scandalous Wallflower

Scandalous Liaison

Fabled Love Series

Enchanted by the Earl

Captivated by the Captain

Enticed by Lady Elianna

Delighted by the Duke

Lady Archer's Creed series

****Amanda Mariel writing with Christina McKnight****

Theodora

Georgina

Adeline

Josephine

Scandal Meets Love series

Love Only Me

Find Me Love

If it's Love

Odd's of Love

Believe in Love

Chance of Love

Love and Holly

Love and Mistletoe

A Rogue's Kiss Series

Her Perfect Rogue

Coming next to the A Rogue's Kiss series

His Perfect Hellion

Her Perfect Scoundrel

Standalone titles

One Moonlit Tryst

One Enchanting Kiss

Christmas in the Duke's Embrace

One Wicked Christmas

Mists of Babylon series

Love's Legacy

One Wanton Wager

Forever in Your Arms

Wicked Earls' Club

****Titles by Amanda Mariel****

Earl of Grayson

Earl of Edgemore

Fated for a Rogue

A Wallflower's Folly

Coming next to the Fated for a Rogue series

One Fateful may Day

Connected by a Kiss

****These are designed so they can standalone****

How to Kiss a Rogue (Amanda Mariel)

A Kiss at Christmastide (Christina McKnight)

A Wallflower's Christmas Kiss (Dawn Brower)

Stealing a Rogue's Kiss (Amanda Mariel)

A Gypsy's Christmas kiss (Dawn Brower)

A Duke's Christmas Kiss (Tammy Andresen)

Box sets and anthologies

Visit www.amandamariel.com to see Amanda's current offerings

AVANT-PROPOS

El marqués de Gulliver, Seth Mowbray, carece de una familia propia. Cuando no tiene la compañía de sus amigos cercanos, el duque y la duquesa de Selkirk, se ahoga en su soledad permitiéndose las cosas más malvadas que la vida tiene para ofrecer.

Parece que Lady Constantine Hartley no puede seguir las reglas de la sociedad. Además, la presión de todo eso ha arruinado su diversión. Entonces, ¿para qué molestarse? Esta temporada ha decidido ignorar las reglas y disfrutar.

Después de una reunión casual, Seth se encuentra cautivado por el demonio. Del mismo modo, Constantine está embelesada con el marqués. ¿Pueden dos marginados sociales superar las dificultades y lograr el amor verdadero?

CAPÍTULO 1

Londres

Abril de 1818

Lady Constantine Hartley apenas se consideraba una dama.

Que le faltara el refinamiento necesario no era más que una de sus muchas deficiencias. Habiendo pasado recluida la mayor parte de su vida en el campo, sin el beneficio de una madre, la había dejado mal preparada para la sociedad de Londres.

Nadie argumentaría que muchas deficiencias la atormentaban. Y, sin embargo, ella era una dama. Lo absurdo del rango social y la posición estaba más allá de ella. La aturdí cómo uno podía ser parte de la sociedad y, sin embargo, no ser totalmente aceptado.

Constantine miró a lo largo de la mesa del comedor, su mirada contemplaba a los señores y damas elegantemente vestidos sentados a su alrededor.

Su propio vestido era tan elegante como el de ellas. Las joyas rodeaban su garganta y le colgaban de las orejas, y su cabello estaba estilizado de manera experta en un moño de moda con unos cuantos rizos sueltos enmarcando su rostro.

De hecho, Constantine parecía cada centímetro la dama bien educada que era. Suspiró. De todos modos, su apariencia era irrelevante en comparación con su falta de conducta, y ella lo sabía muy bien.

Que ella pareciera elegante y refinada no importaba cuando realmente no lo era. No tenía sentido tratar de engañarse a sí misma, Constantine sabía la verdad: no era una dama.

Si había tenido alguna duda al respecto, la temporada pasada había sido una prueba innegable. Se había hecho una imagen de sí misma en múltiples ocasiones, rompiendo reglas que ni siquiera sabía que lo eran, y haciendo el ridículo en el proceso.

Peor aún, cuantos más errores cometía, mayor era su ansiedad, lo que solo la llevaba a tener más errores.

Al final de la temporada, Constantine no quería nada más que regresar a casa y pasar el resto de sus días como reclusa, o casarse con un caballero del campo y establecerse en una vida tranquila. De cualquier manera, no había deseado regresar a la sociedad de Londres.

La mirada de Constantine se detuvo cuando llegó a la cabecera de la mesa.

Tía Dorthy, la vizcondesa viuda de Chadwick, se sentaba orgullosa reinando sobre su cena, y un dolor de arrepentimiento golpeó a Constantine. Deseó por el bien de su tía no haber provocado tanta decepción. Después de todo, la tía había superado con creces lo necesario para brindarle una buena temporada a Constantine.

Y Constantine lo había arruinado a cada paso. Su creciente inquietud condujo a más y más pasos en falso a medida que avanzaba la temporada.

Si no fuera por la posición social de las tías, apostarían a que nadie en la alta sociedad la dejaría entrar en sus hogares.

Justo cuando Constantine lo pensó, tía Dorthy se encontró con la mirada de Constantine y le ofreció una cálida sonrisa.

Tal era la forma de ser de la vizcondesa: amable, comprensiva y cada vez más alentadora.

Por eso, a pesar de los fracasos de Constantine, la tía había insistido en que regresara por otra temporada. Y Constantine la amaba por eso, incluso si no estaba contenta con su regreso.

Constantine dejó escapar un suspiro, luego le devolvió la sonrisa a su tía antes de alcanzar su cuchara de sopa.

Haría todo lo posible por comportarse, por el bien de la tía, pero estaba igualmente decidida a no permitir que sus errores la gobernaran.

Esta temporada sería diferente.

Si tenía que soportar otra temporada, podría esforzarse por disfrutarla. Lo que significaba que Constantine haría todo lo posible por seguir las muchas reglas de las señoritas bien educadas, pero no se reñiría por sus pasos en falso.

Constantine hizo girar su cuchara en la densa sopa marrón que tenía delante. Detestaba la sopa de tortuga, pero había aprendido que era grosero revelar su disgusto.

Su tía le había explicado esto después de que Constantine rechazara un plato de sopa la temporada pasada. "Era el colmo de los malos modales", le había informado la tía. "*Solo juega con eso para que parezca que estás comiendo*", había dicho la tía.

A Constantine le pareció bastante tonto. De todos modos, deslizó metódicamente su cuchara por la sopa mientras esperaba el siguiente plato.

"Estás usando la cuchara equivocada", una voz profunda la interrumpió, y Constantine se volvió hacia el caballero a su izquierda.

Su boca se secó mientras lo consideraba. Era un sueño para las debutantes: alto, guapo, y por un momento, todo lo que pudo hacer fue mirarlo.

El cabello, del color de la tinta, enmarcaba su rostro, sus ojos azul zafiro la miraban con calidez, y poseía una nariz recta aristocrática y una fuerte mandíbula.

Lo más cautivador de todo era que al diablo le podía interesar el brillo en su mirada y la media sonrisa inclinada de punta tirando de sus labios carnosos.

Constantine tragó saliva, ignorando el calor en su rostro, y dijo: "¿Lo es?". Ella arqueó una ceja desafiante, deseando que sus nervios permanecieran a raya.

La sonrisa del caballero se ensanchó. "De hecho, así es".

Constantine tensó los hombros. "Supongo que esta es la parte en la que me sonrojo de vergüenza mientras corrijo mi error y le ofrezco mi agradecimiento". Ella ignoró el calor que inundaba su rostro y el ligero temblor en su voz. No permitiría que su ansiedad la superara.

"Como sucede, se está sonrojando". La sonrisa del hombre se convirtió en un amplio gesto lleno de diversión. "Y esa sería la respuesta habitual".

"Quizás no sea habitual, porque no me disculparé. Tampoco cambiaré cucharas", replicó Constantine, ignorando el hecho de que él había notado su sonrojo.

"Sin lugar a dudas, es muy poco habitual", su voz tenía un interés creciente mientras continuaba, "Señorita..." la miró expectante.

"Hartley", dijo, "Lady Constantine Hartley". ¡Demonios! Ella había roto otra regla, y ni siquiera habían pasado el plato de sopa.

¿Cómo era que estaba sentada junto a un caballero al que no le habían presentado, en cualquier caso? Esto no era culpa suya. ¿Cierto?

"Lady Constantine Hartley...", sus palabras se interrumpieron mientras la estudiaba, sus largos dedos alisaban su corbata. "El nombre le queda bien".

Constantine esbozó una leve sonrisa, curvando levemente sus labios, luego volvió su atención a su sopa. Ella hizo todo lo posible por ignorar el nudo que se había aferrado a su vientre mientras empujaba el ofensivo líquido alrededor de su tazón. Era extraño, y no podía decidir si su reacción había sido causada por los nervios, o por algo completamente diferente.

"Lord Gulliver". Su profundo timbre envió escalofríos agradables a través de ella.

Constantine giró la cabeza para mirar al apuesto desconocido. "¿Q-qué?".

"Mi nombre. Es Lord Gulliver. Seth Mowbray, marqués de Gulliver, para ser exactos". Él dejó la cuchara a un lado, con toda su atención en ella. "Es un placer conocerla".

"Sí", dijo Constantine con un suspiro, su estómago revoloteando repentinamente como si un gorrión estuviera adentro batiendo sus alas en un intento desesperado por escapar. Llegó a la

conclusión de que lo que sentía tenía poco que ver con los nervios. Ella tragó para pasar el nudo en su garganta, luego asintió levemente.

Con las mejillas ardiendo, Constantine volvió su atención a su comida. Estaba más que un poco avergonzada y confundida por las reacciones que estaba teniendo su cuerpo.

Estaba agradecida por el silencio que reinaba durante el platillo de pescado, así como por el cordero y la carne. Sin embargo, cuando se sirvió la ensalada, Lord Gulliver volvió su atención a Constantine.

"¿De dónde es usted?". Preguntó.

"Carlisle", respondió ella sin hacer contacto visual. "He pasado mi vida en Carlisle".

"Una chica de campo, entonces".

Ella volvió los ojos entrecerrados hacia él. "¿Encuentra algo desagradable sobre las chicas del campo?".

"De ningún modo". Sacudió la cabeza. "De hecho, lo encuentro bastante refrescante".

Ella reprimió un gemido cuando el calor inundó sus mejillas. ¿Por qué este hombre seguía haciéndola sonrojar? Constantine fingió indiferencia mientras volvía su atención a su comida.

¿Por qué no la he visto por Londres antes? Su voz sonó más cerca, y su pulso se aceleró como resultado.

Se tomó su tiempo para masticar el trozo de queso que se había puesto en la boca un momento antes. Después de tragar, se encontró con su mirada. "No debió haber estado mirando".

Se dio la vuelta, reprendiéndose por la rápida respuesta. Ella debería cuidar su lengua más de cerca. Tía le había advertido del hecho muchas veces, pero en algunos casos, Constantine simplemente no podía evitarlo.

Lord Gulliver la inquietaba de una manera que nadie lo había hecho nunca. Él hacía que su pulso aumentara, y su estómago revoloteara. Sin mencionar los sonrojos que de repente la acosaban.

Esto era más que ansiedad, y era inquietante para estar seguro. Temía que si continuaba, no sobreviviría a la cena.

Quizás su respuesta impertinente lo repelería por el resto de la comida, y todo estaría bien.

No pasó mucho tiempo para que sus esperanzas se desvanecieran, ya que junto con los postres, volvió la renovada atención de Lord Gulliver. Cuando ella metió el tenedor en sus últimos bocados de natillas horneadas, él se inclinó hacia ella y le susurró. "Una vez traje una rana a la cena y la solté durante el plato final".

Constantine lo miró con los ojos muy abiertos. "No lo hizo", exclamó.

Él asintió con firmeza. "Ciertamente lo hice. Y lo que es más, la criatura saltó directamente al regazo de mi hermana, haciéndola correr lejos de la mesa".

"Ja ja". Constantine se llevó la mano a los labios para detener su risa. Debería sonrojarse y mostrar negligencia por su arrebatado poco femenino. Pero de alguna manera, ella no estaba avergonzada en lo más mínimo.

Encantada, dejó su tenedor a un lado y se giró ligeramente hacia Lord Gulliver. "Dígame más. ¿Cuántos años tenía? ¿Se metió en problemas?", ella preguntó, con una ceja arqueada con curiosidad.

Antes de que pudiera responder, la voz de la Vizcondesa llenó el comedor. "Damas, únense a mí en el salón mientras los hombres disfrutan de su brandy".

Constantine suspiró mientras se levantaba, luego se detuvo ante el ligero toque de Lord Gulliver en su muñeca. Ella se encontró con su mirada de zafiro, sus labios ligeramente separados en estado de shock. Ningún hombre la había tocado tan audazmente, tan íntimamente.

"Contestaré sus preguntas la próxima vez que nuestros caminos se crucen". Él dejó caer su mano de su muñeca y se dio la vuelta, una sonrisa traviesa curvó sus labios.

Constantine sintió la repentina urgencia de asegurarse de que sus caminos se cruzaran más temprano que tarde.

CAPÍTULO 2

Una noche más tarde

La finca del duque y la duquesa de Selkirk

Seth Mowbray, marqués de Gulliver, entrecerraba los ojos contra el sol de la mañana cuando apareció la figura de una mujer.

El resbalón de la mujer se sentó sobre la hierba al borde del arroyo. Tenía las rodillas dobladas debajo de las faldas, y el sombrero y las medias yacían a su lado en la hierba.

Su respiración se detuvo cuando su rostro se enfocó, y él aceleró el paso. La mujer no era otra que lady Constantine Hartley.

Ella giró la cabeza hacia él y su mirada chocó con la de él.

Él ofreció una sonrisa juguetona. "Le gusta bordear las propiedades", bromeó. Su mirada recorrió la longitud de ella, deteniéndose en sus pequeños dedos redondos y desnudos. Tuvo una repentina urgencia de acariciarlos mientras dirigía su atención de vuelta a su hermoso rostro. "No es que me esté quejando". Agregó un guiño por si acaso.

Ella se sonrojó, su piel de color melocotón adquirió un tono rosado. "No esperaba encontrar a nadie", dijo mientras buscaba sus medias.

"No necesita vestirse por mi causa".

"Apenas estoy desnuda". Ella le lanzó una mirada de reprensión, frunció el ceño y los labios en forma de arco mientras sacudía la cabeza.

"Es una pena", dijo arrastrando las palabras mientras se acercaba.

Sus mejillas ardieron de color escarlata. Constantine desvió su atención a la tarea en cuestión, con los ojos fijos en su media mientras la acomodaba sobre su pie, luego la enrollaba sobre su pantorrilla.

Seth reprimió un gemido de anhelo mientras se agachaba para sentarse a su lado. "No quise ofenderla. Solo quería felicitarla. Es una mujer hermosa, lady Constantine. Solo puedo imaginar que es aún más impresionante cuando no está cubierta de muselina y cursilerías".

"Este no es un tema de discusión adecuado, mi señor". Ella sonrió. "De todos modos, le agradeceré por el cumplido y le rogaré que deje esta línea de conversación".

"¿Suele pasar tiempo al aire libre con los pies descalzos?"

"¡Lord Gulliver!", ella lo amonestó.

Seth levantó las manos en señal de derrota. "Muy bien, ¿qué consideraría un tema apropiado para conversar?", preguntó.

Trabajó para volver a ponerse las medias botas y respondió: "No estoy segura, pero sé que el tema anterior es bastante inapropiado". Ella suspiró, sus hombros subían y bajaban suavemente. "¿Quizás deberíamos comentar acerca del clima?"

"Qué mortalmente aburrido". Sacudió la cabeza. "Tendrá que hacerlo mejor que eso".

Cogió su gorro y él la miró con pesar mientras se lo ponía. El ala ancha sombreaba su rostro tan a fondo que ya no podía leer las emociones en sus cálidos ojos dorados.

Sus dedos temblaban con la urgencia de quitarle la monstruosa cosa y soltarle el pelo. Apostaba que los rizos de miel serían de seda bajo su toque.

"Hum...", dijo en un suspiro, con la barbilla levantada. "No podemos hablar de política u otros temas académicos. Tampoco podemos compartir chismes, ni hablar de asuntos privados". Me temo que la religión también está fuera de discusión". Ella frunció el ceño y sacudió levemente la cabeza. "Eso nos trae de vuelta al clima".

Se levantó y luego se volvió hacia él. "Es un día encantador, ¿no cree?"

"Así es", se arrastró mientras se levantaba. "Únase a mí para dar un paseo, ¿le gustaría?". Preguntó mientras le ofrecía su brazo.

Constantine apoyó su mano cubierta de guantes sobre su codo.

"¿Por qué hablar sobre el clima cuando hay tantas cosas más interesantes de las que hablar?", Seth la desafió.

"Porque a las damas no se les permite hablar de esas cosas más interesantes".

"No la delataré si lo hace". Giró la cabeza y le guiñó un ojo. "Tiene mi promesa en ese sentido".

"¡Oh! Lo tengo", exclamó ella. "Según recuerdo, nunca terminó de compartirme el escape de la rana, y me encantaría saber cómo terminó".

Él se rió entre dientes, su emoción por haber encontrado un tema de discusión adecuado aligeró su corazón. El deseo se encendió profundamente en su alma mientras la miraba.

Dios, ella era toda una visión con sus labios rosados curvados en una sonrisa y ojos brillantes. Tenía muchas ganas de conocerla mejor.

Quería presionar sus labios contra los de ella también, pero ahora no era el momento. En cambio, dijo: "Confiaré en usted, pero solo si acepta contarme una historia una vez que haya terminado la mía".

"Muy bien". Ella asintió.

Seth la condujo a lo largo de la orilla del río, los rayos del sol le calentaron la espalda cuando comenzó la historia. "Como dije antes, llevé una rana a la cena. Era una gran tolva verde, y cuando la solté, dio un gran salto, directamente en el regazo de mi hermana".

Lady Constantine se echó a reír como lo había hecho la última vez que él había contado esos detalles, solo que esta vez no había reprimido su risa.

Él estaba bastante contento de que no lo hubiera hecho por el sonido que le hacía sentir cosquillas en el alma, y más bien le gustó la forma en que lo hizo sentir. Alegre y juguetón, casi como si fuera un niño otra vez.

"Dorothy, mi hermana, tenía seis y diez años en ese momento. Ella es tres años mayor que yo y chilló como una tetera sobrecalentada cuando la criatura aterrizó. En un instante, ella estaba fuera de su silla, corriendo sin parar por el comedor".

"¿Se metió en muchos problemas?", Constantine preguntó, su expresión se volvió comprensiva.

Él dio una sonrisa diabólica. "Padre y madre me regañaron y me enviaron a mi habitación, pero apenas me impidieron más travesuras".

Él la miró de reojo, deleitándose con el disgusto que vio grabado en su rostro en forma de corazón. "Su turno. ¿Cuál es la cosa más traviesa que ha hecho?".

Ella lanzó una respiración audible. "¿Como una chica?".

Él sacudió la cabeza. "En su vida", dijo. Luego esperó mientras ella caminaba a su lado, pareciendo reflexionar sobre la pregunta.

Constantine miró hacia el agua que fluía a través del arroyo a su lado. "Me temo que no me he metido en algo tan travieso como el escape de su rana".

"Vamos. Seguramente hay algo en su pasado".

"Muy bien. Una vez pateé una de mis zapatillas en el río que corría detrás de mi casa. Después, fingí que se había perdido".

Él le dirigió una mirada incrédula. "No veo la travesura en eso".

"Lo hice a propósito. Las criadas lo buscaron durante días, pero nunca encontraron la cosa ofensiva".

"¿Por qué haría eso?". Él la miró con una ceja levantada inquiriendo.

"Prefería mis botas". Ella sonrió.

"¿Y qué hay de sus hermanos?". Preguntó, deseando saber más sobre ella.

La cara de Constantine se puso seria. "No tengo ninguno". Ella miró más allá de él y continuó. "Siempre quise hermanas, pero mi padre nunca se volvió a casar después de que mi madre falleció".

Seth la detuvo y se paró frente a ella. "¿Cuántos años tenía cuando murió su madre?". Sabía que estaba haciendo presión y que no debía hacerlo, pero apenas podía detenerse. Algo sobre esta mujer lo cautivaba. Deseaba conocerla de una manera que nunca había querido conocer a nadie más.

"Siete", dijo, con la voz quebrada. "Después de eso, padre nos mudó a su casa de campo. Se aisló y yo junto con él".

El dolor en sus ojos apretó su pecho, y él llevó su mano a su cara, ahuecando su mejilla. "Lo siento".

"No lo haga". Ella sostuvo su mirada, su espalda se tensó ligeramente. "No ha sido tan malo. De hecho, me gusta mucho la vida en el campo. Solo la soledad es lo que me molesta".

"Puedo entender bien la soledad. La he tenido de sobra", dijo Seth, su mano todavía ahuecando su mejilla. "No compararía mi situación con la suya, ya que tenía una familia, pero no me consideraban más que por ser el heredero. Pasé la mayor parte de mi tiempo fuera, en la escuela o al cuidado de los sirvientes".

Sus labios se separaron una fracción, luego sacó la lengua, humedeciéndolos. "Parece que somos almas gemelas". Ella rápidamente agregó, "de algún modo".

No podía detenerse más de lo que un hombre hambriento podía resistir un trozo caprichoso. En una fracción de segundo, sus labios estaban sobre los de ella. Su lengua saboreaba y probaba la dulzura de su boca.

Constantine envolvió sus brazos alrededor de sus hombros y se apoyó contra él mientras sus bocas se inclinaban juntas. Seth nunca había experimentado tanta electricidad, tanta necesidad y anhelo, un deseo tan abarcador.

Dios había hecho a esta mujer para él. No podía haber otra explicación de cómo ella lo afectaba. Ninguna otra razón por la que se sentiría tan obligado a estar cerca de ella.

Constantine se apartó, cortando su conexión. "Alguien viene".

Él la alcanzó, decidido a tirar de ella hacia sus brazos, pero ella se hizo a un lado.

Dándose la vuelta, miró a lo lejos mientras la duquesa de Selkirk y su cuñada Lady Celia salían de un claro.

Constantine se volvió hacia él y le dijo: "No creo que nos hayan visto". Ella se sonrojó al hacer una reverencia. "Buen día, mi señor".

"Espere...".

Ella sacudió la cabeza, interrumpiéndole, se volvió y luego se dirigió hacia las damas que se acercaban.

Podría haberle dicho que tenía los labios hinchados de besos. Podría haberle dicho que tenía la intención de tenerla. Seth debería haber enderezado su sombrero, pero él no hizo nada de eso.

En cambio, él observó cómo se alejaba ella, una sonrisa impenitente estiraba de sus labios.

CAPÍTULO 3

Constantine tocó la punta de sus dedos con sus tiernos labios mientras levantaba una oración silenciosa. *Por favor, Dios, mantén mi secreto a salvo.* La tía tendría una apoplejía si Constantine se expusiera. Y seguramente se arruinaría si la duquesa y Lady Celia la vieran besando a Lord Gulliver.

Incluso podría verse obligada a casarse con él. Su estómago se anudó al pensarlo. No por la idea de convertirse en su esposa, sino por la idea de convertirse en una esposa de alto rango.

Nunca sería una esposa adecuada para un hombre que se movía dentro de la sociedad. Ella carecía de las habilidades y el refinamiento necesarios, y parecía completamente incapaz de adquirirlos.

No. Constantine nunca podría casarse con un hombre como Lord Gulliver. Ella requería un barón del campo o un escudero local. Un hombre que no esperaría que ella siguiera todas las reglas de una sociedad sofocante y, a menudo, reglas no consensuadas.

Necesitaba un hombre que no requiriera que fuera anfitriona de lujosas fiestas y cosas por el estilo, pero que estuviera contento con su administración familiar y sus habilidades de crianza de niños. Suponiendo que ella llegara a tener alguno.

Su Gracia, la duquesa de Selkirk, saludó con la mano y Constantine le devolvió el saludo. Había poco sentido en preocuparse y menos aún en evitar a las otras damas. Ella se uniría a ellas y esperaría que no hubieran visto lo que había estado haciendo momentos antes.

Constantine ofreció una leve reverencia y una sonrisa cuando se unió a las damas.

"No pude evitar notar a Lord Gulliver parado junto a ti", dijo Lady Celia.

Constantine se encogió interiormente.

"Debo advertirte que debes protegerte del encanto de ese pícaro", continuó Lady Celia en un tono realista. "Es un querido amigo de la familia, así que no hablaré mal de él, pero ten en cuenta lo mismo".

Constantine sacudió la cabeza en reconocimiento. "Lo haré".

La duquesa de Selkirk esbozó una cálida sonrisa y luego dijo: "Sí, únete a nosotros para nuestro paseo".

Constantine le devolvió la sonrisa y luego dijo: "Sería un honor, Su Excelencia".

La duquesa comenzó a pasear, Lady Celia a su izquierda y Constantine a su derecha. Se apartó un rizo castaño de la mejilla. "Todos somos amigos aquí, Lady Constantine. Por favor llámame, Julia".

"Y yo soy Celia", agregó Lady Celia con su tono alegre.

Constantine se relajó cuando el cálido aire primaveral rozó su rostro. "Me sentiré honrada de hacerlo, pero a cambio deben llamarme Constantine".

Constantine había conocido a Julia y Celia hacía quince días, mientras asistía a un baile. A su manera, Constantine había infringido una regla, una de las muchas que había infringido como resultado de no saber qué era una regla.

La duquesa y Lady Celia habían estado cerca y ofrecieron su apoyo. Aunque su acción no hizo nada para silenciar el chisme que siguió, Constantine les estaba agradecida.

Ella estaría feliz de llamar a ambas mujeres sus amigas y estaba contenta de haber sido invitada a Huntington Park.

Ella miró a Julia. "Debo agradecerle por invitar a mi tía y a mí a tu casa".

Julia agitó una mano desdeñosa. "No pienses nada de eso. Fue hecho por mi propia razón egoísta, ya que deseo conocerte mejor".

"¿A mí?". Los ojos de Constantine se abrieron una fracción. Nadie se interesaba por ella. A menos que estuvieran chismorreando o riéndose por su último paso en falso. Era la razón por la que había decidido no dar importancia a esta temporada.

¡Ahora, ella estaba en la finca del duque y la duquesa de Selkirk! Y la duquesa quería ser su amiga. Quizás la buena fortuna favorecía a los valientes.

"No veo a nadie más". Julia sonrió. "Y debo confesar que te encuentro más interesante".

"Me temo que nada es interesante sobre mí". Constantine sacudió la cabeza.

"Pero por supuesto que sí", intervino Celia.

Julia se acercó a Constantine y volvió la cabeza ligeramente hacia ella. "¿Sabías que soy de baja ralea?".

Constantine dio un paso al perder la cabeza hacia Julia, sorprendida. "No lo sabía".

"Es verdad", dijo Celia, "mi hermano la contrató para que fuera mi compañía". Ella sonrió con picardía. "Luego la convirtió en su duquesa".

"Qué romántico", dijo Constantine.

"¿No es así?". Preguntó Celia con su palma presionada contra su pecho.

Constantine asintió de acuerdo.

"Antes de llegar a ser la compañía de Celia, vivía en una pequeña cabaña en Kent. Mi padre había huido y mi madre estaba gravemente enferma. Éramos tan pobres que no podíamos mantener el fuego encendido, y mucho menos comprar comida".

"¿Cómo conociste al duque?", preguntó Constantine, su curiosidad desbordando.

Celia volvió los ojos llenos de anticipación hacia Julia. "Tengo mucha curiosidad por eso".

"Y todavía eres demasiado joven para escuchar esa historia", dijo Julia. "Además, preferiría saber más sobre nuestra nueva amiga". Cogió la mano de Constantine y le dio un ligero apretón. "Sé que estás bajo el apadrinamiento de tu tía y que tu padre es el conde de Dartford, y que es tu segunda temporada aquí, pero nada más. Dinos, ¿dónde te has estado escondiendo y por qué?".

"No lo llamaría exactamente escondido. No de mi parte, al menos. Constantine lanzó un suspiro melancólico. "Aunque prefiero Carlisle a Londres".

Celia juntó las manos. "¡Oh! Eres de Cumbria. Es una parte tan hermosa de Inglaterra".

"¿Has estado allí?", preguntó Constantine.

Los labios de Celia se alzaron. "Muchas veces. Mi hermano tiene una finca allí. No es la propiedad ducal, claro, sino una mansión que le dejó nuestra madre". Ella se puso pensativa. "No está muy lejos de Carlisle. Tal vez una hora en carro. Tendremos que invitarte a tomar el té la próxima vez que nos aventuremos de esa manera".

"Me gustaría mucho", dijo Constantine.

Julia le dio un suave empujón con el codo. "Y me gustaría mucho saber por qué hasta recientemente nos hemos conocido. Por supuesto, te vimos la temporada pasada, pero ¿dónde estabas antes de eso?".

Celia inclinó su rostro hacia los rayos del sol y entrecerró los ojos. "Se rumorea que tienes cuatro y veinte. ¿Te atrasaste en salir?".

"Algo como eso". Constantine suspiró. "Con toda honestidad, nunca lo desee".

Celia dirigió su atención a Constantine. "¿Por qué no?", preguntó, con un tono horrorizada, mientras comenzaban a caminar hacia la monumental casa de campo.

Constantine dejó que su mirada recorriera los cuidados jardines salpicados de macizos de flores y árboles maduros mientras respondía: "Me siento fuera de lugar en Londres. Mi padre me llevó a Carlisle cuando yo era una niña de tan solo siete años. Pasé toda mi vida en el campo, sin el beneficio de terminar la escuela o de contar con una institutriz adecuada".

Dejó que sus ojos se cerraran por un momento, permitiendo que el aire primaveral la consolara. "Cuando mi padre decidió que ya era hora de que me presentara a la sociedad, reclutó a mi tía para que me apadrinara". Miró de reojo a Julia. "Y así, aquí estoy".

"¿Y qué hay de tu madre?", Julia preguntó.

Constantine tragó el nudo que se formaba en su garganta. Esperaba que el interés de la duquesa fuera genuino, luego se sintió terrible por pensar tanto. Constantine no la consideraba del tipo rencoroso. Había sido injusto de su parte considerarlo.

Ella hundió la barbilla y sonrió un poco. Estas mujeres eran sus amigas, podía compartir con ellas. "Mi madre falleció de fiebre. Padre estaba fuera de sí... todavía lo está, en muchos sentidos. Su dolor es tan profundo que se ha aislado y yo por estar cerca, nos hemos retirado al campo".

"Qué trágico". Celia frunció el ceño con preocupación.

"Espero que me perdones por entrometerme. Sé que está mal visto, pero me sentí atraída por ti y ahora sé por qué". Julia le dio una cálida sonrisa que iluminó sus ojos verdes. "Seremos las mejores amigas. Lo verás".

Celia señaló hacia la casa. "Ahí está madre. Vamos a presentarte", dijo, enganchando su brazo con el de Constantine.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Constantine cuando notó a Lord Gulliver de pie junto a la mujer mayor. Misericordia, sus mejillas ardieron.

Celia dirigió a Constantine hacia la elegante mujer. Era de avanzada edad, pero hermosa, con brillantes ojos de zafiro y cabello rubio, con mechones plateados. Celia claramente la llevó hacia su madre y tuvo suerte.

Celia dio un paso adelante. "Madre, ¿puedo presentarte a Lady Constantine Hartley?".

La mujer mayor sonrió. "Por favor, hazlo".

Celia se volvió hacia Constantine. "Lady Constantine, es un placer presentarle a mi madre, la duquesa viuda de Selkirk".

Constantine se sumergió en una profunda reverencia. "Su gracia, es un honor".

La duquesa viuda tomó la mano de Constantine y la instó a ponerse de pie. "Cualquier amiga de mi hija es amiga mía". Se volvió hacia Lord Gulliver. "¿Te han presentado?".

Su mirada pareció calentarse cuando se encontró con la de Constantine y le ofreció una reverencia. "En efecto". Él dio una media sonrisa pícaro. "Y déjeme decirle que está tan encantadora como siempre, Lady Constantine".

Se calentó por todas partes mientras trataba de mirar hacia otro lado, pero se encontró impotente para hacerlo.

Para su alivio, él dirigió su atención a sus acompañantes. "Todas ustedes son impresionantes en su amor".

"Eres un coqueto desvergonzado", advirtió la duquesa viuda. "Ahora, fuera contigo". Ella lo golpeó juguetonamente con su abanico de seda y marfil.

Lord Gulliver se echó a reír. "Muy bien", su mirada se cruzó con la de Constantine, "pero esperaré disfrutar de su belleza la próxima vez que nos veamos".

Con un guiño, se volvió y se alejó, dejándola un poco sin aliento. Ella cerró los ojos, deseando que sus mejillas se enfriaran.

La viuda sacudió la cabeza como si estuviera frustrada, aunque sonrió como una colegiala. "Cuidado con eso, Lady Constantine. Él no es de los que se casan", advirtió.

"Aunque hace maravillas con la autoestima de una niña". Celia sonrió a su madre.

"Y él es un caballero", agregó Julia.

La viuda se volvió hacia su figura en retirada. "De hecho, todo es muy cierto, pero todavía no es alguien que vaya a perder su corazón. Cualquier chica que lo ponga en su mira, se encontrará muy decepcionada".

"Tal vez...", dijo Julia, su voz se apagó cuando se volvió para verlo irse. "Aunque se podría argumentar que la mujer que lo lleve al altar estará extremadamente complacida...". Sus ojos se arrugaron en la esquina mientras sonreía. "Dicen que los pícaros son los mejores maridos".

"Silencio", la duquesa viuda agitó su abanico, "le darás nuestras ideas de Celia".

Las advertencias deberían alarmar a Constantine. La sola idea de un hombre como Lord Gulliver debería repelerla. Sin embargo, no fue disuadida por nada de lo que las damas habían dicho. De hecho, sus declaraciones la tranquilizaron.

No necesitaba preocuparse por las intenciones de Lord Gulliver. Él no era del tipo que se casaba, y tampoco ella.

No en lo que respectaba a los señores de Londres, en cualquier caso.

Y todo esto... significaba que podía disfrutar de la compañía de Lord Gulliver sin preocupaciones, y tenía la intención de hacer eso.

CAPÍTULO 4

Seth no pudo apartar la mirada de lady Constantine. Intentó prestar atención a lo que decían Julia y su esposo, Charles Kendle, el duque de Selkirk, pero simplemente no podía.

Lady Constantine estaba demasiado cautivadora con su vestido de tafetán azul claro y sus perlas. Su cabello estaba recogido en un intrincado moño en la parte posterior de su cabeza con rizos dorados cayendo para cepillar su espalda. Sus dedos temblaban con la necesidad de tocarla mientras se maravillaba con su belleza.

Ella giró la cabeza, sus miradas chocaron desde el otro lado de la habitación, y su pulso se aceleró. La mujer era seductora. Una rara mezcla de marota e inocencia envuelta en una criatura cautivadora.

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «ЛитРес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на ЛитРес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.